

empresarios de la ciudad y de sus alrededores para conocer sus deseos y sus necesidades respecto de la mano de obra. Miss Griffith discute con ellos los nuevos desarrollos del trabajo.

El personal enseñante estudia los procedimientos y la terminología de las distintas casas, para transmitirlos a los alumnos que tengan interés en conocerlos.

La escuela consigue, por término medio, cien empleos mensualmente para sus alumnos. El sistema de informaciones es sumamente sencillo. Al efecto, en el primer piso se encuentra un casillero. Si usted sabe de un empleo vacante da sus informes por escrito y su ficha queda aplicada en el casillero. Si usted busca una colocación, consulta los avisos y da cuenta de todas las gestiones que haya hecho sin resultado favorable.

Pero lo más notable de esta Institución es la influencia moral y bienhechora que ejerce.

Un jovencito de quince años, echado de todas partes, se presenta ante Miss Griffith para ser admitido.

«Quisiera, dice, que usted no lea el informe que sobre mí le va a mandar mi maestro. Dirá muchas cosas feas contra mí, lo que es verdad, pero quisiera cambiar de vida en esta escuela y ser admitido entre los buenos».

—¿Usted piensa bien lo que dice?

—Sí, honestamente.

—Está bien. Tengo necesidad de alguno en mi escritorio. Siéntese allí y encárguese de abrir mi correo durante algunos días. Cuando llegue su informe lo romperé usted.

Así se hizo. El muchacho mantuvo su palabra, fué un excelente alumno, y, según sus deseos, pasó a servir en una granja, a completa satisfacción de su dueño.

Una negra se presentó cierta noche en la escuela. Su vida había transcurrido junto al lavadero. Envejecía; no tenía fuerzas para ese trabajo y no quería ser una carga para las cajas de socorros. Había un oficio que siempre tuvo deseos de desempeñar; ¿podrían enseñárselo?

—Seguramente, ¿qué oficio es? preguntó la directora.

Tímidamente y bajando la voz, dijo: modista. Miss Griffith sintió apretársele el corazón. Pensó en las combinaciones de colores que la negra vieja haría, vió los nudos, los plegados, las rosetas; pero como su principio es el de dejar que cada uno siga su propia idea, colocó a la nueva alumna bajo la dirección inmediata de la modista en jefe, que está durante el día, al frente de una de las más grandes casas de modas de Denver. Al principio, fueron desastrosos los resultados de las combinaciones de cintas y puntillas;

después la modista descubrió que su alumna era diaconisa (mujer empleada y dedicada al servicio de la iglesia), y le encargó la confección de una gorra sencilla en relación con su estado. La modista hizo los nueve décimos del trabajo; la antigua lavandera se puso la gorra para ir a la iglesia el domingo siguiente, y a la vuelta, recibió el encargo de tres gorras iguales, que ella misma fabricó sola esta vez. Es actualmente muy hábil modista de diaconisas, realizando así sus deseos.

Miss Griffith sigue siendo el buen

La mañana del domingo

Vengo de dar un paseo por el campo.
Con mi fardo de ilusiones a la espalda
y un lente de optimismo ante los ojos,
en las horas de la mañana
salí al campo.

Gustar de la contemplación de la pradera
bañada por la luz; la suave brisa
que se aroma cuando la cabellera verde alisa
del jardín; la sombra y el color de seda;
primavera!

En el cielo, en la montaña, en la que fué
y en lo que está en mí,—la luz del sol.
Y cuando allí pensé
en lo que ahora digo,
un ave que no ví alzó su canto
tras de las flores del rosál.

Vibre la voz del campo verde,
vibren las rosas en botón,
porque no muere tu canción
come-matíz que estás alegre.
Que en ese triunfo del sonido
se encuentra bien mi conmovido
corazón.

Y, oh placer de caminar! Dejé el tranvía
y por las calles luego fuí.
Mi carne, que comprende, esponjaba su
para no dejar ir ni un rumor...
Fué mi deleite la voz del agua,
fué mi deleite la voz del viento
y la voz de la chiquillería
de la casa de ricos que ví.

Y como ante un íntimo contacto
fluyó en mi corazón este dulzor:
hacer el verso que sea mi extracto
para juntar en ese acto
mi amor humano y el divino amor.

SALVADOR UMAÑA

Junio 12 de 1921.

genio protector de todos los que han dejado la escuela para dedicarse a algún trabajo. Sus afanes alcanzan también a los jóvenes extranjeros que, por conocer poco el inglés, están expuestos a mayores peligros.

Uno de ellos le envió cierta noche, el telegrama siguiente: «No vacile usted: estoy preso».

En efecto, no vacila: telefona al Scherif (funcionario municipal de policía y justicia), del punto en que se hallaba el joven.

—¿De qué es culpable ese mozo?

—Es un errante; no quiere trabajar,
—¡Oh! contesta Miss Griffith, lo conozco y usted no lo conoce. Está mal vestido; tiene el aspecto miserable; busca trabajo y no sabe expresarse en inglés, pero quiere trabajar. Suéltelo y mándemelo aquí. Respondo personalmente de él.

El Scherif accedió. El joven volvió a Denver. Miss Griffith tenía razón: no deseaba otra cosa que trabajar y sin embargo, sin su auxilio, hubiera estado irremisiblemente perdido.

Otro de entre los jóvenes alumnos extranjeros, no había poseído jamás un centésimo. Después de haber terminado en la escuela un curso de mecánica, obtuvo un empleo muy bien retribuido. Pero, en lugar de comprarse ropa, de alojarse bien y de alimentarse suficientemente, continuó viviendo con tanta pobreza como antes, economizando así lo que ganaba hasta reunir la suma necesaria para realizar el sueño de su vida: comprar una motocicleta. Compró la más linda que pudo hallar: era el único objeto que poseía en el mundo.

Monta en ella y va al City Park, que estaba lleno de niños, como de costumbre.

El joven ciclista hace subir en la máquina o todos los que podían caber, y, a gran velocidad, les hace dar la vuelta del lago.

Poco después, un guardia civil se aproxima para ver lo que sucede. Ve a un pillete harapiento y una motocicleta nueva, y piensa que la máquina debe haber sido robada.

Arresta al joven y, a pesar de sus protestas, se dispone a llevarlo a la comisaría. El joven reacciona, se detiene de pronto, se quita la gorra y de entre el forro saca un papel. «Lea usted esto», le dice con voz segura. El guardia civil leyó: «Este joven es honrado y digno de confianza. Si se le presentan dificultades, telefonee a York 1555. Emily Griffith, directora de The Opportunity School».

El guardia civil, lo mismo que los scherifes, conocía a Miss Griffith. Cambió de opinión respecto del poseedor de la motocicleta y lo soltó, diciéndole en tono áspero, para conservar su prestigio delante del grupo que se había formado:

«Vamos, mocito, trate de no hacer tanto ruido con su máquina».

Cuando el joven cuenta el hecho, no se olvida de mostrar el papel diciendo: «Usted comprenderá que nunca me separo de él».

Pensando en todos esos elementos heterogéneos de que se compone *The Opportunity School*, cabe preguntar cómo es posible que una mujer pueda mantener allí el orden y la disciplina.

A este respecto, Miss Griffith tiene recursos propios para conseguirlo.